

Tercer Premio I Certamen Literario

"Viajar en Autobús Metropolitano en 500 palabras"

El angelito

*A*quella mañana sonó el despertador. Cuando unos juguetones rayos de sol se filtraron por mi ventana me incorporé sobresaltado buscando el reloj. Unos números rojos parpadeaban en la pantalla marcando un rítmico 00:00 que parecía reirse de mi situación. Jamás os compreis un despertador digital que no funcione a pilas, la mínima bajada de tensión eléctrica borra la memoria. Me vestí tan deprisa que durante unos minutos temí haberme colocado el pantalón al revés, meos mal que una rutina eternamente repetida nos permite realizar actos sin pensar en ellos.

Cuando bajé corriendo los destartalados escalones de mi bloque de pisos eludí a Don Esteban con un sincero: "Buenos días, lo siento llego tarde al trabajo". Don Esteban era un pensionista soltero que vivía en el segundo. Su principal afición era leer el periódico públicamente para compartir las noticias con todos los habitantes de nuestro pequeño edificio. Comentaba y criticaba toda declaración política y solía rematar el discurso con su eterna coletilla: "Que me dejen a mi tres días el gobierno, que arregle este país".

Crucé la calle, giré a la derecha, seguí recto y me detuve en la parada del autobús. Normalmente cojo el autobús de las ocho en ese lugar. Aquel día, por supuesto, iba tarde porque eran casi las nueve y veinte. No pasaron más de cinco minutos cuando la impotente silueta del autobús apareció al fondo de la avenida. La puerta se abrió y engullió a todos los viajeros como un hambriento dragón de chapa y

cristal. Sentado en los asientos del final me sentí raro: no estaban los rostros de siempre. A fuerza de verse cada día compartiendo el mismo medio de transporte se crea un vínculo entre las personas. Aunque no las conozcas lo más mínimo ni sepas sus nombres te llegan a ser familiares. Mi sangre sevillana me empuja con frecuencia a ponerle motes a algunos de estos familiares desconocidos: así nacieron "el grabanzo", "el maqueo", "doña peluca" o "el angelito". "El angelito" era una chica morena de ojos enormes que me había enamorado a primera vista. Por supuesto nunca había hablado con ella y mi timidez me impedía siquiera intentarlo, pero siendo un romántico empedernido me encantaba contemplarla: ni que decir tiene que parecía un ángel. En cualquier caso, a esa hora ella no estaba en el autobús, seguro que se había despertado puntualmente y no había faltado a su cita diaria de las ocho. Mi mente comenzó a divagar pensando que un día reunía todo mi valor y me sentaba junto a ella a charlar. Mientras yo estaba sumido en estos pensamientos, el autobús se detuvo en su última parada.

Cuando bajaba, el chófer me llamó: "Perdona, esta mañana una chica preciosa de ojos enormes me dejó esto para tí", dijo tendiéndome una carta. Tras darle las gracias y alejarme unos pasos la abrí nervioso. Era una sencilla nota escrita con trazo nervioso en el traqueteo del autobús; decía: "hoy te he echado de menos, por favor mañana no faltes a las ocho".

Juan Manuel Montiel (Gines)

